



A E R O L E T R A S

strong AND
independent

WOMEN



Número 7 Año 2
enero 2016

Alfonso

CONTACTO:

PORTADA: “La tejedora”
30x30cm. Acrílico sobre bastidor. 2015.

CONTRAPORTADA: “¡...es una niña! (es la cruz que nos tocó cargar)”. 20x20cm. Acrílico sobre bastidor. 2015.
Nanzy Meh

www.aeroletras.org

 aeroletras.uaq@gmail.com

 @Aeroletras

 [Facebook.com/aeroletras.fll](https://www.facebook.com/aeroletras.fll)



editorial

NANZY MEH
HIRAN GN
DANIEL ARREDONDO (SIRE)
ILSE GALLARDO
P. EDUARDO MERINO LÓPEZ

diseño

ESAÚ FRAUSTO



ESAÚ FRAUSTO
ANDREA DOMÍNGUEZ
MONSERRAT ACUÑA

ilustración

MONSERRAT ACUÑA

corrección

Editorial

No existe tal cosa como una mujer completamente femenina. La idea de que el colectivo de La Mujer está integrado por seres naturales y homogéneos es errónea. Son más que cuerpos materialmente específicos, por el contrario, lo forman heterogeneidades de todo tipo. Con esto en mente se propuso la temática del séptimo número de Aeroletras, ya que este prisma habita desde hace tiempo nuestras páginas. Son artistas, ilustradoras, escritoras, personajes y yoes poéticos. Saben que no hay ningún destino que las determine, porque están hartas de ser musas y muy ocupadas ejerciendo su voluntad. Por eso es que este número lleva por nombre “Strong and independent woman”.

Te invitamos, lector, a conocerlas. Sólo una advertencia: son legión y están empoderadas. Vas a verlas gordas, altas, desvestidas, fodongas, lesbianas, sensuales, maternales, odiosas, guapas y feas. Son dueñas de sus albedríos. No creen en la imposición binaria que obliga a ser un producto artificial de la fábrica de la civilización. Les vale un carajo la coquetería y otro tanto la docilidad. Ya ni siquiera les molesta que el corrector ortográfico quiera poner “escritores” en donde dice escritoras. Porque están furiosas y saben que esa unívoca e inalcanzable mujer-mujer, aparte de que se parte el lomo por tan poca cosa, es poco más que un mito.



Ilustración de Nancy Meh

Ilustración de Nanzy Meh



Índice

Directorio.....	02
Editorial.....	03
Índice de ilustración.....	05
Can we do it? Yolanda Segura.....	06
Me llamaste aporreando Dolores Blod.....	10
La alcoba Gabriela Quintana.....	11
Mi lugar femenino Anaclara Muro.....	18
Los agentes del apocalipsis Krsna Sánchez.....	22
Mi resistencia Claudia Fernández.....	30
La otra Penélope Eduardo Sabugal.....	31
Semblanzas.....	39

Índice de Ilustraciones

NANZY MEH:

La tejedora. Acrílico sobre bastidor. 2015.....	PORTADA
Ejercicio 1. Original de Lucian Freud.....	03
Ejercicio 2. Original de Lucian Freud.....	04
Hecho a mano.....	10
Salomé 24x15.5cm Lapiz sobre papel 2015.....	29
Ejercicio 3. Original de Lucian Freud.....	30
...es una niña! (es la cruz que nos tocó cargar). Acrílico sobre bastidor. 2015.....	CONTRAPORTADA

SIRE

Concebir tu ausencia. Ilustración digital.....	11
--	----

HIRAM GN

Cabra. Óleo sobre madera. 2014.....	17
Absorta. Acuarela sobre papel. 2015.....	23
Exhortar. Acuarela sobre papel. 2015.....	24
Admiración. Acuarela sobre papel. 2014.....	25
Descontextualizadora. Acuarela sobre papel. 2015.....	26
Arrimo. Acuarela sobre papel. 2015.....	27
Coqueta. Acuarela sobre papel. 2015.....	28

ILSE GALLARDO

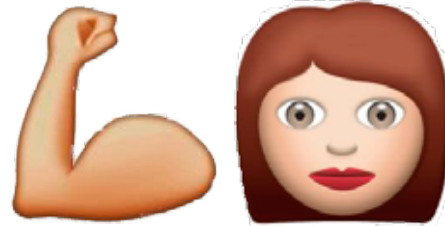
Starting over. Tinta china sobre papel. 2015.....	18
---	----

PRUDENCIO EDUARDO MERINO LÓPEZ

La otra Penélope.....	31
-----------------------	----

Can we do it?

YOLANDA SEGURA



Fue durante la década del cuarenta, en plena Segunda Guerra Mundial, que surgió la famosa imagen del *We can do it* que muestra a una mujer trabajadora con blusa de mezclilla y paliacate de puntos. Nosotras podemos, dice, porque durante esos años era necesaria la fuerza obrera femenina para sostener a las industrias en ausencia de los hombres que iban a los campos de guerra. Era necesario sacar a las mujeres de sus casas y llevarlas a las fábricas para que la economía no colapsara. Trabajen, señoras, para sostener a la patria.

Hacia los ochenta, esa misma imagen fue retomada como emblema de poder y fuerza por algunos grupos feministas. Se olvidó, sin embargo, que luego de la guerra vino todo un esfuerzo por revalorar a la familia: el país necesitaba más que nunca ciudadanos de bien y, con los hombres de vuelta, la tarea femenina era la de procrearlos y cuidarlos. Los espacios que las mujeres ganaron en el ámbito público no estuvieron acompañados de un reparto más equitativo de las tareas domésticas: salir a trabajar no eximía de cumplir con las actividades de un ama de casa ejemplar. O sea, sí que siguieran trabajando pero que también se regresaran a limpiar sus casitas, pues, que ya las tenían medio desarregladas.

Pensar que hoy el panorama es muy distinto es, por lo menos, ingenuo. Existe un sinnúmero de estudios en los que se señalan temas como la brecha salarial (en México las mujeres ganan entre 15 y 20% menos que los hombres) y las diferencias entre las horas que hombres y mujeres inmersos en el ámbito académico dedican al trabajo doméstico¹. El trabajo de cuidado sigue siendo delegado principalmente a las mujeres y se imbrica con una idea del amor en la que la figura de la madre devota de hijos y marido implica necesariamente una posición de renuncia o, en todo caso, de ampliación de obligaciones y responsabilidades.

¹ En la página del Programa Universitario de Estudios de Género (UNAM) pueden encontrarse algunas estadísticas que evidencian estos fenómenos. <http://www.pueg.unam.mx/index.php/formacion-academica/diplomado/11-equidad-de-genero/57-numeros-y-genero>



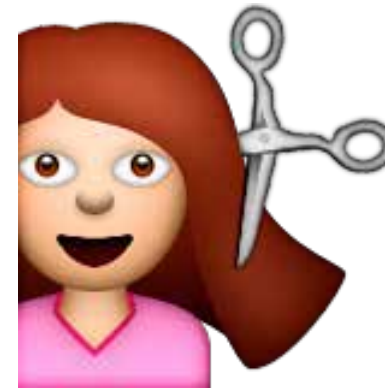
Toda racionalización que se pone sobre las emociones implica hacer ideología, insertar en un sistema. De alguna forma eso nos saca de ser animalitos que andan corriendo libres por el bosque en busca de los mejores especímenes para la progenie. El concepto occidental tradicional común del amor, ése que se celebra el 14 de febrero con corazoncitos, peluches y chocolates, implica dos salidas: la del enamoramiento y la del sostenimiento de una familia; se inserta en un sistema capitalista y heteropatriarcal que se sienta sobre la base de la plusvalía y el trabajo. Silvana Federici es muy lúcida cuando enuncia las problemáticas derivadas de la individualización de los trabajos de cuidado en la época contemporánea. No es descabellado pensar entonces que el trabajo doméstico no remunerado, predominantemente femenino, es el soporte de toda una estructura de explotación común: *“El capitalismo se apropió del trabajo no pagado, se construyó sobre la degradación del trabajo de reproducción y del cuidado. Pero no es un trabajo marginal sino el más importante, porque produce sobre todo la capacidad de la gente de poder trabajar”*². Se reviste de cariño lo que, además de serlo, implica también una labor que permite que el sistema económico siga funcionando: en la mayoría de los casos son las mujeres quienes se encargan de cuidar a los hijos, a los ancianos, de proveer a las familias del bienestar necesario para que todos sus miembros realicen actividades productivas y ese trabajo inicial se oculta o se desvaloriza. Termina siendo la tarea de una sola persona lo que tendríamos que pensarse a partir de condiciones laborales o de soporte social que resolvieran eso que en realidad compete al colectivo. Ah, pero querían tener hijos y además trabajar, ¿no?

²Lo dice aquí <http://desinformemonos.org.mx/no-puedes-resistir-a-la-opresion-si-no-tenes-confianza-en-que-otros-lo-haran-contigo-silvia-federici/> y en un chorro de lados más. Yo que ustedes me echaba la entrevista completa, nomás por no dejar.



Cuando se habla del *strong and independent women* y de liberación femenina es común que esto se haga a partir del movimiento de liberación sexual de los setenta en Estados Unidos: hombres y mujeres comenzaron a ejercer, más o menos libremente, su sexualidad y, en el caso de las mujeres, esto supuso cierto dominio sobre el propio cuerpo. Pero la píldora anticonceptiva y la virtual posibilidad de coger con quien fuera no vinieron solas: para contrarrestar esa libertad, la moral tomó más fuerza que nunca: el mito romántico del sexo por amor, hacer el amor y no coger, involucrar los sentimientos. Es común que a nosotras se nos siga diciendo que el ejercicio de la sexualidad debería implicar necesariamente a nuestras emociones, lo que supuestamente no siempre sucede en el caso masculino.

Esas diferencias nada sutiles en la educación son las que marcan otra diferencia que, aunque invisibilizada mediante múltiples estrategias, redundante en una idea de liberación que se encuentra estrechamente relacionada al deseo masculino. La lencería y la pornografía típica. *Chichis pa' la banda*. La industria del sexo y el erotismo que asume a las mujeres principalmente como seres que pueden ser deseados, y no necesariamente como seres deseantes.



Tenemos entonces que, además de cuidar lacasaloshijoselmaridoelperrolosabuelos, las mujeres que logran escapar de esta perspectiva del amor y quieren ocupar espacios en la vida pública deben luchar por obtener un trabajo en el que les paguen el mismo varo que sus colegas hombres, por lugares equitativamente distribuidos en todos los ámbitos —para eso sirven las cuotas de género, batos— porque sus producciones —si hablamos de arte, literatura, ciencia o en realidad cualquier área— sean valoradas y debidamente reconocidas.

Si esto no fuera suficiente, hay que añadir un asuntito más: las muchachas tenemos que ser bonitas, arreglarnos, no “descuidarnos”. Hacer dieta. Pensar en qué ropa tenemos que ponernos para determinada ocasión —todo menos estar fuera de contexto, todo menos salir con una blusa demasiado colorida para una ceremonia sobria. Sonreír. No ser groseras, no gritar, no enojarnos, no *histeriquear*. Que no se note que *estamos en nuestros días*. Las mujeres tenemos que ser tiernas, dulces y amorosas. Y si nos asumimos feministas, pues hay que ser feministas tranqui, como Emma Watson, no feminazis, porque eso es *hembrismo* y pues está mal. (Sí. Obviamente está mal, y obviamente no lo queremos, y obviamente nuestras luchas van mucho más allá de una simplificación como esa. Si les interesa, me avisan y les mando unos pdfs bien buenos que tengo por ahí de *feminism for dummies*, les explicaría pero no me alcanza el tiempo. Ya les dije: tengo que cuidar mis plantitas y limpiar mi casita y pintarme los ojitos.) Lo que sí, es que después de pensar en todas estas cosas a ustedes y a mí nos queda muy claro lo libres y poderosas y fuertes que hemos llegado a ser las morras, ¿a poco ño?

Me llamaste aporreando

DOLORES BLOD

Me llamaste aporreando
la madrugada a golpes,
ebrio hasta las pestañas.
Bebiste de todos los frascos nocturnos.
Abrí la puerta, los ojos, las piernas
y solo hablabas y hablabas.
Tu inutilidad me asusta,
me aburre.
¡Pobre hombre bicéfalo
que no sabe usar ninguna!
Has puesto tantos sentimientos
allí donde solo pedí
que pusieras la verga.

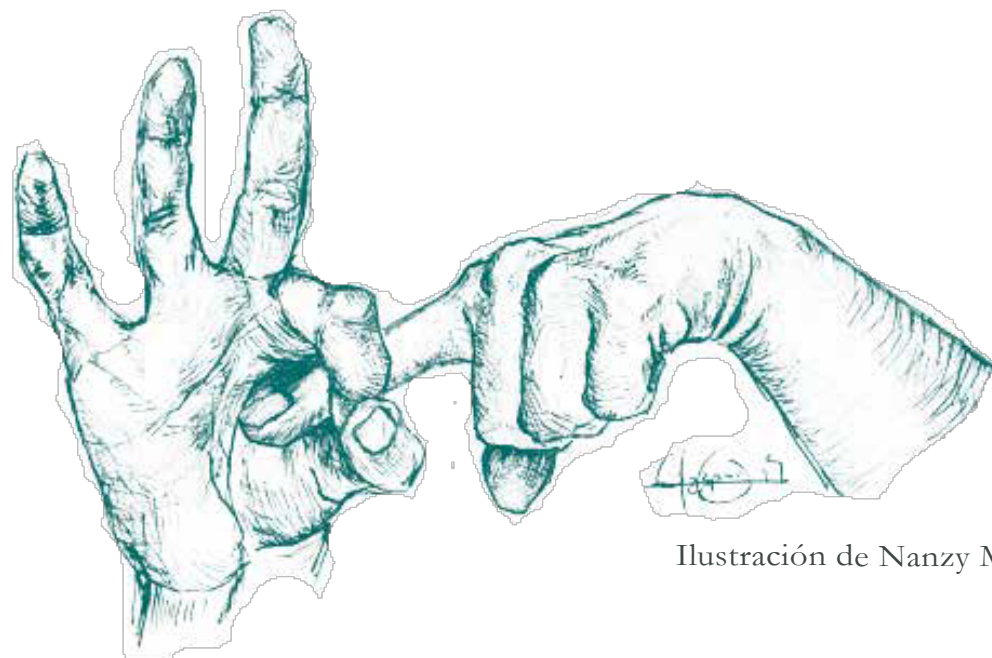
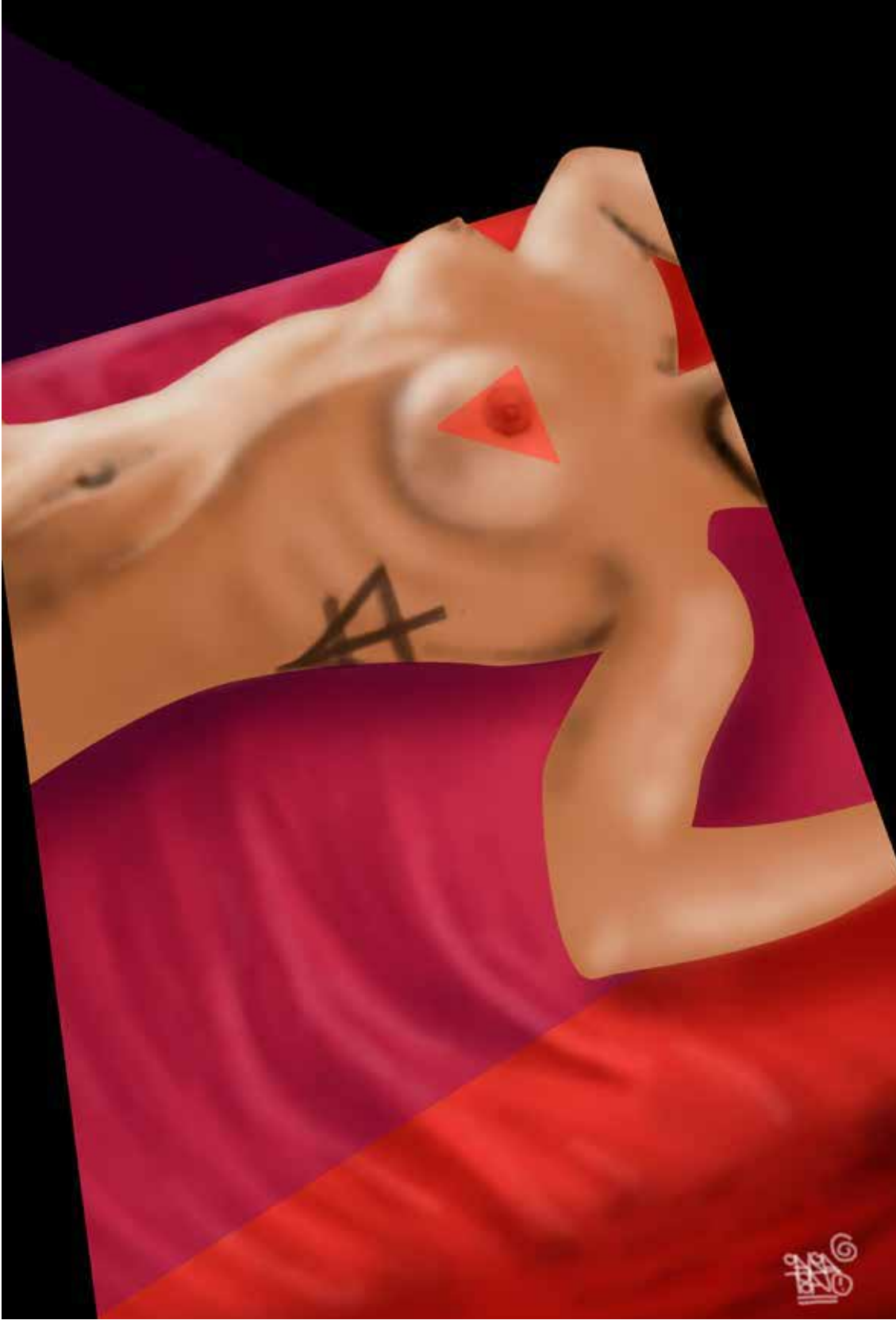


Ilustración de Nanzy Meh



La alcoba

Gabriela Quintana

Esa mañana Santiago le anticipaba una estupenda velada. Pasaría por ella en su Buick 1995 descapotable que varias veces los había dejado varados en avenidas de gran circulación, donde observaban a los autos, cual manada de búfalos a punto de embestirlos, tal y como es costumbre en la Ciudad de México. La invitación era para cenar en algún rincón de trova y música bohemia, la chica escogió el más animado de todos los bares de Coyoacán. Por momentos, él cantó para ella algo que tocaba un guitarrista. Todo volvía a la atmósfera de antes, cuando eran pareja.

Al término de la cena, la invitó a su apartamento, tenía algo que darle. Se subieron al coche y recorrieron calles decoradas, ese fin de semana sería largo por las celebraciones del mes de septiembre. Reían con bromas y anécdotas de aquel tiempo que pasaron juntos. Llegaron al edificio, en la entrada el guardia de seguridad lo saludó apenas esbozando una sonrisa y Santiago se limitó a darle las buenas noches. Cuando abrió la puerta de su apartamento, un gran ramo de rosas rojas se levantaba imponente en el centro de la mesa. Junto a este, había una bolsa de fino papel estampado.

Abrió la bolsa y encontró un sexy negligé, sus ojos brillaron. Le dijo que se lo pusiera y que la esperaba en su habitación. Corrió a cambiarse al cuarto de baño, presa de excitación y delirio.

Aquel atuendo le quedaba espectacular, siempre había reconocido su buen gusto. Fue a encontrarse con él. El dormitorio centelleaba con la cálida luz de varias velas dispuestas alrededor de la cama. Una vara de sándalo ardía como sus venas, creando un ambiente libídine. Observó un libro erótico en una mesa de noche; pétalos de rosa cubrían parte de la cama y había varias cosas que sobresalían de una caja. Le dijo que romántica, amorosa y sensualmente le haría algo similar al libro. Le preguntó si estaba dispuesta a disfrutar la experiencia. Aceptó con cierta reticencia, pero le advirtió que no soportaría ningún tipo de dolor y le hizo prometer que se detendría en el momento que ella lo deseara. Asintió.

Inmediatamente sacó unas esposas policiales y le pidió que se acomodara en la cama. Se encontró disfrutando de cometer un delito, un delito obsceno. La ató de manos y pies trancando las esposas a los tubos metálicos de la base. Encendió su ipod y dejó correr una música de fondo, con un repertorio que se repetiría toda la noche hasta que se terminara la batería del aparato o bien, él procediera a apagarlo.

El morbo se arrebuja en su sangre y recorría sus venas hasta estallar dentro de su cabeza, tan sólo de imaginar lo que seguía. De pronto, se encontraba anclada a la cama sin siquiera poder maniobrar, completamente inmóvil y ansiosa. Lo escuchó tararear su canción favorita, que en ese momento sonaba de su ipod. Sacó un antifaz de tela en delicada seda roja. Estaba relleno de semillas de lavanda que acariciaron su nariz cuando cubrió sus ojos. Sintió un estremecimiento eléctrico al azotar su cuerpo; la alegría de volver a estar juntos se mezclaba con amor y deseo.

Con los ojos velados ella sintió una especie de pluma de ave atusar su piel, subía por sus piernas suave y candorosamente, se retiraba y aparecía nuevamente rozándole el cuello, bajando por el escote de su negligé. De pronto escucharon que alguien oprimió el timbre en la puerta. Ambos contuvieron la respiración, sorprendidos. La chica le preguntó si esperaba visitas.

“No me digas que es la chica por la que terminamos”.

“Por supuesto que no, dame un momento”, alcanzó a decir al tiempo que se dirigía hacia la puerta.

Escuchó la voz de un hombre que se disculpaba. Santiago regresó a la habitación y le dijo que era



su vecino. El Buick estaba estorbando la entrada del estacionamiento interior del edificio. Santiago tenía tanta prisa por llegar, que no aparcó en el cajón designado dentro, lo dejó a pie de calle, bajo el sereno.

“Voy a mover el coche y enseguida vuelvo”. dijo con voz trémula.

Le pidió que no tardara, comenzaba a acecharle un airecillo que le irguió los pezones. Los minutos pasaban y se le hacían inagotables, un mosco zumbaba cerca y se estremeció. En la calle, Santiago intentaba encender el coche, emitía ruidos pero el motor no respondía. Otra vez se había ahogado el carburador. Después de varios intentos decidió quitar el freno y empujarlo para liberar pronto el espacio de entrada, ante la impaciencia de su vecino.

Empujaba enérgicamente sin avanzar mucho, de modo que se detuvo y fue a mover el volante para corregir la dirección de las llantas cuando una camioneta que venía a exceso de velocidad no pudo esquivar a Santiago y de un golpe lo aventó al pavimento y su cabeza chocó contra la acera. La camioneta abandonó el lugar a toda prisa. El vecino se acercó a auxiliarlo y su esposa llamó, presa de histeria, al servicio de ambulancias. Santiago yacía inconsciente con la cabeza ensangrentada.

En cuanto llegó la ambulancia lo acomodaron en una camilla y los paramédicos revisaron su pulso, lo conectaron a un aparato, le pusieron suero intravenoso, limpiaron la herida que seguía brotando sangre y cuando creyeron que todo estaba bajo control, al arribar al hospital se percataron de que Santiago había caído en coma. Lo internaron en el área de urgencias. Tres médicos lo atendieron con todos los instrumentos técnicos, suturaron su herida, tenía una costilla rota producto del impacto que recibió, pero sobre todo, Santiago había caído en un profundo sueño. Al término de la intervención médica, la doctora Pérez buscó en los pasillos del recinto a alguna persona que pudiera identificarlo. Sus vecinos estaban en la recepción preguntando por él. Santiago permanecería en el hospital bajo supervisión, con la esperanza de sacarlo del coma. La doctora les pidió avisar a sus familiares. Le comentaron que vivía solo en su apartamento y no conocían a sus amigos o algún contacto, pero indagarían sobre sus parientes con el arrendatario del apartamento.

Mientras tanto, la chica seguía atada a la cama y con una angustia tremenda. No podía comprender por qué tardaba tanto en regresar. El mosco ya le había picado, continuó haciendo intentos con los leves movimientos que alcanza-



ba a hacer para evitar que le siguiera rondando. Movi6 la cabeza en todas direcciones para liberarse del antifaz, lo agit6 tanto hasta que al fin cay6 a un costado. Pudo ver que las velas estaban a6n encendidas, la puerta de la habitaci6n estaba cerrada. No haba luz, salvo las velas encendidas a su alrededor, seguían centelleando con la esperanza de que duraran toda la noche. No sabía la hora, debía ser ya de madrugada, Santiago no tena ning6n reloj en el dormitorio. Respir6 profundamente y con los pulmones bien henchidos grit6 lo m6s fuerte que pudo: ¡Santiago! ¡Santiago!

Santiago estaba ahora en el cuarto 321 del hospital conectado a un aparato, suturado de la cabeza y vendado del t6rax. Su respiraci6n era apacible y sus ritmos estables. ¿Habría pensado en ella durante su profundo sueño? Sus padres tomaron la autopista desde Guanajuato en cuanto se enteraron de la noticia, lo que ocurri6 dos días despu6s del accidente.

Su cuerpo comenz6 a entumecerse. Sentía un cosquilleo en los pies, o quiz6 estaba dejando de sentirlos, por la posici6n en la que se encontraba. Movi6 sus brazos para estimular la irrigaci6n sanguínea, le dolían. Santiago no regresaba y frente a la incertidumbre comenz6 a llorar, bebi6 algunas lágrimas v6ctima de la sed.

Momentos despu6s, experiment6 frío y los vellos de sus brazos se erizaban, en ese sexy negligé su cuerpo se contraía. Volvi6 a gritar con m6s fuerza y nada sucedía a su alrededor, llor6 otra vez. Calcul6 que llevaba m6s de dos horas atada, y del cansancio del llanto, gritos y la zozobra, cay6 en un sueño profundo.

M6s tarde despert6 agitada, su coraz6n latía con taquicardia. Sintió un escozor por todo el cuerpo, estaba reaccionando con calambres y temblaba. Llor6 y grit6 pero nadie la escuch6. Los primeros rayos de sol atravesaban las persianas y la luz bañaba sus pies. Giraba sus manos encerradas por las esposas, jal6 con violencia para zafarse pero s6lo consigui6 lastimarse las muñecas hasta casi sangrar, pero no fue posible desasirse. Nadie sabía d6nde se encontraba, mucho menos que saldría con Santiago esa noche. Ella haba decidido omitirlo debido a que no sabía con certeza si retomaría la relaci6n. La desesperanza la invadi6. Su est6mago comenzaba a gorgear, ya tena hambre y sed. Las velas se habían extinguido al igual que la m6sica, al igual que Santiago. No sabía qu6 m6s hacer, sus fuerzas decaían. Agit6 todo su cuerpo con la intenci6n de remover la base met6lica de la cama y desprender los tubos. No consigui6 nada, solo acrecentar su trepidante histeria.



El día se llevaba toda esperanza de supervivencia y cayó la noche tan pesada y fría en la habitación. ¿Qué habría pasado con Santiago? ¿Por qué nunca volvió? ¿Dónde estaba? –se preguntaba- ¿Era intencional lo que me había hecho?

Se arrepintió de haber aceptado esa locura, debió atarla con cuerdas, no con esa cárcel metálica que la llevaría indudablemente a la tumba. Toda su vida transcurrió por su mente, refrescándole la memoria, los buenos momentos, los errores cometidos, lo que dejó de hacer, y... lo que no dijo a las personas importantes de su vida. Lloró desde sus entrañas, aquellos ojos estaban ya secos al igual que su boca. Se arrepintió de la miserable existencia que tuvo hasta entonces, pero ya nada lo cambiaría, iba a la muerte lenta y segura. Se le cerraban los ojos de la resignación pero volvió a gritar ¡Auxilio! ¡Auxilio!

El olor fétido que desprendía la cama cubrió el cuarto, el incienso y la lavanda habían quedado en los recuerdos. Se había orinado y del estrés también había evacuado un poco. Esto comenzaba a generar ardor en sus genitales mezclándose con el sufrimiento muscular.

Llegaron los padres de Santiago al hospital. Su madre rompió en llanto al encontrarlo en esas condiciones. Nadie podría asegurar si despertaría del coma.

Sus padres jamás pensaron en ir al apartamento, su madre pasó la noche junto a él y su padre se acomodó en el hotel más próximo al hospital para estar cerca de ellos.

Ella se había abandonado, esperaba la dulce muerte, tranquila y serenamente. Las moscas le rondaban debido al hedor. Carecía de fuerzas y esperanza, ya no podía gritar, no sentía el estómago y cada vez menos su entumecido cuerpo. De repente escuchó un ruido, parecía que su alma había regresado para agitar su respiración, darle el último soplo. Era el teléfono y sonaba estrepitosamente en otro rincón del apartamento, lejos de ella, de cualquier intento que pudiera hacer para alcanzarlo. Poco después sonó su celular desde el comedor, había dejado el bolso junto al hermoso ramo de flores. El teléfono de Santiago no cesaba de llamar. Cuando regresó el silencio, volvió a escuchar otro ruido, esta vez provenía del baño o el cuarto de lavado, lo cual le pareció demasiado extraño. La sorpresa fue mayor cuando apareció un gato a la puerta y se trepó a la cama. Caminó despacio rodeando su cuerpo, se acercó a su rostro y lo lamió. Estuvo un rato acompañándola, observando, luego se levantó y abandonó la habitación. Debía haber entrado por el cuarto de lavado, el apartamento del vecino y de Santiago compartían el mismo



muro del cuarto de lavado. La ventana del baño se abría en escuadra hacia el cuarto de lavado. Fue entonces cuando recordó que en ocasiones Santiago le dejaba comida, situación que desconocían los dueños del gato. Este felino era la única esperanza y ya se había ido. Le gritó por su nombre, dio alaridos para que regresara y para su fortuna volvió a aparecer en el dormitorio. Se trepó al pequeño armario donde estaba una televisión y desde ahí se sentó a mirarla. Debía encontrar la forma de retenerlo, con suerte, si no se marchaba, sus dueños vendrían a tocar a la puerta del apartamento para que Santiago lo devolviera. Le habló con voz melosa, lo entretuvo lo más que pudo hasta que el sueño la venció. Despertó al alba y ahí seguía el gato durmiendo. Una lágrima de emoción alcanzó a salir de sus ojos acartonados. El animal se había compadecido de ella.

Era el tercer día, Santiago seguía en el umbral, su ritmo vital fluctuaba. Había recibido un golpe muy fuerte en la cabeza y encontraron un coágulo, no tenía opciones, habría que operar y extraerlo.

El crujido de la puerta de entrada la sacó del ensimismamiento, con la vista borrosa no distinguía las personas que habían entrado a la habitación. Le pareció escuchar a una mujer gritar. La liberaron de las esposas y su mente se apagó. Cuando abrió los ojos, ya estaba en el hospital, su mejor amiga dormía en el sofá junto a ella. El grado de deshidratación que había sufrido era extremo. Le dijeron después que los vecinos llamaron a la puerta de Santiago muchas veces para recuperar al gato y ya estando en el comedor les llegó un fétido olor que provocó que se acercaran a la habitación. Ambos sabían del accidente de Santiago, como casi toda la gente del edificio, la mancha de sangre en la acera puso sobre aviso a los inquilinos respecto al suceso, de manera que pidieron ayuda del guardia de seguridad y forzaron la puerta.

No deseo relatarles cómo la encontraron, la pareja no hallaba palabras para describir la escena. Llevaron inmediatamente a la chica al hospital más cercano, el cual por cierto era el mismo donde seguía convaleciente Santiago.

Cuando estuvo estable y en recuperación, supo el motivo por el cual Santiago nunca regresó. Ese mismo día que ingresó al hospital, Santiago luchó en la sala de operaciones, los médicos le dijeron que trató de aferrarse a la vida como ella, pero no lo logró. La abandonó por segunda ocasión.





Ilustración por Hiram GN



Mi lugar femenino

ANA CLARA MUÑOZ

A veces pienso que soy una mujer
muy
mujer.

Sin embargo
a veces
temo.

Temo a la feminidad y a lo que implica.

A veces
temo sentirme femenina
porque debo confesar
que a veces
pienso
que las mujeres son tontas
pienso
que son banales y distraídas.

Pienso
que yo
soy banal y distraída
y tal vez
si no fuera mujer
no lo sería.

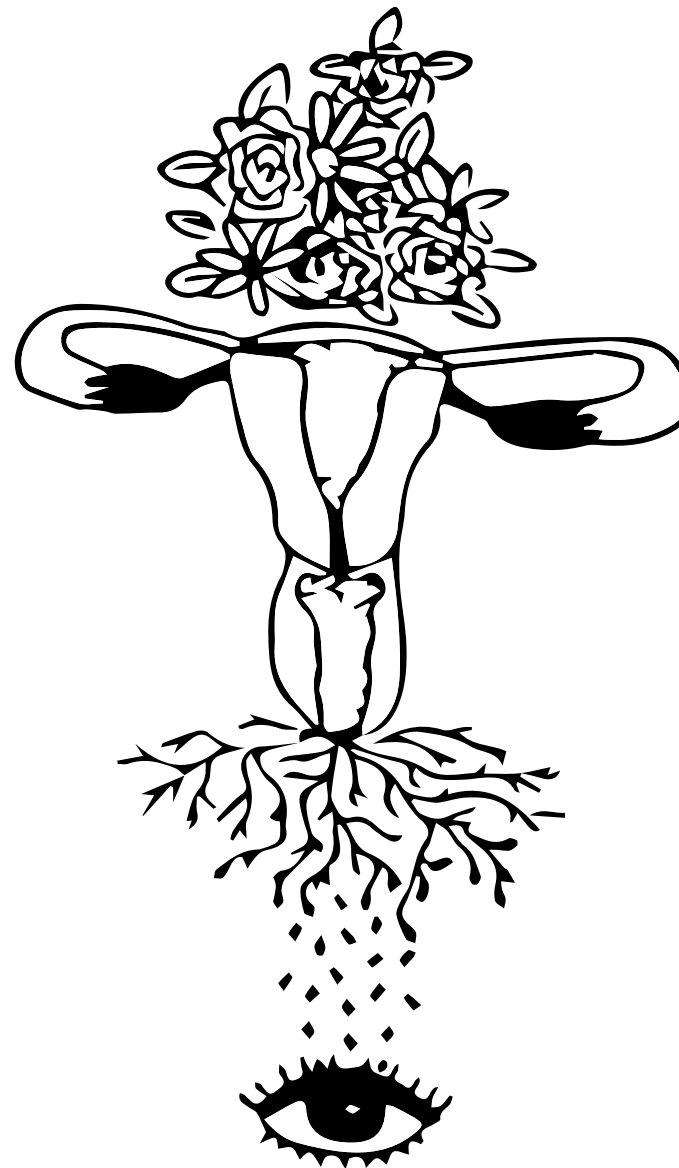


Ilustración por Ilse Gallardo

Tal vez
si no fuera mujer
sería una gran erudito
con toda clase de datos y fechas a
la mano
con muchos libros escritos
con un orgullo imperdible de mí
mismo.

Sé que estoy en un error
pues conozco hombres banales y
distráidos,
pero a veces pienso
que son hombres femeninos
y me pregunto
qué es lo que los hace femeninos
qué es lo que la sociedad,
no sé si esta sociedad
o todas las sociedades,
califica como femenino.

El rosa
es femenino.
Los moños
son femeninos.



Los tacones las uñas las bolsas enormes
las bolsas pequeñitas las bolsas El cabello
largo la piel suave las narices pequeñas las
mejillas sonrosadas Salir tarde de casa
mirar para todos lados caminar descalza.

El cabello que vuela con el aire
los vestidos que vuelan con el aire
el glamur.

Y sí
sí me gustan estas cosas
me gustan todas estas cosas

por más femeninas
por más impuestas
por más falsas
por más encarceladoras.

Es muy difícil ser mujer.
Es muy difícil complacer a todo el mundo
y no complacer a nadie.



Ser difícil y ser fácil.
Provocativa y perra
o
perra provocativa.

Hacer que te teman y
te tengan confianza.
Ser un regazo para llorar y
un tormento que
sugiere tragedias y
poemas.

Es difícil aceptar que quieres que te quieran
sólo las mujeres pueden aceptarlo
sólo las mujeres pueden gritarlo al mundo y
publicarlo en facebook
sólo a las mujeres se les permite sufrir pública-
mente

Pero
es una trampa.
Una trampa de humillación una trampa de seres
torpes que no saben lidiar con sus sentimientos, una
trampa para hacernos caer para enredarnos con
nuestras propias piernas y no huir nunca

Una trampa envidiosa para que hablemos mucho
sin decir nada.
Porque es preferible
si no las escucho
las palabras
no
existen.

Hablamos tanto nosotras
de nuestros sentimientos
tanto. Nunca paramos.
En las caricaturas y en la vida real.
No dejamos de decirnos
el más sutil descubrimiento
de nuestro parecer complicado,
toda la gama de matices sobre
cómo
se puede percibir una experiencia.
Cómo cambia a través del tiempo
cómo evoluciona
cómo se queda ahí escondido,
como una tenue nota
que gotea melancólica,
a punto siempre de salir
como chorro.

Pero los otros
esa otra parte de la especie
humana,
no lo ve
o finge no verlo.

Somos un cuchicheo intermina-
ble
una voz aguda y chirriante que
dice tonterías
gritos histéricos
plástica vacía
Somos un hermoso cuerpo par-
lante
que es lindo traer consigo,
que entiende todo de ti,
que está al pendiente de tus deseos
que espera mensajes por la noche
por el día
que lleguen o no lleguen
servirán para hacerte presente.

Porque para la mujeres
la ausencia siempre es una presencia.

Cuando
no hay misterio
no hay romance



no hay ya encuentros furtivos,
cartas de amor
ni suspiros
bajo las sábanas.

No hay olvido
no hay perdones.
Hay una única venganza.
Venganza
de la venganza
de la venganza.

Somos el recuerdo eterno y
minucioso
de lo que no está
de lo que tomas de las demás
y no es de nadie.

De la identidad perdida.
De la tristeza inútil.

De no ser quien eres
De ser solamente una imagen
en un
desconocido
imaginario
colectivo.



Ilustraciones de Hiram GN

Los agentes del apocalipsis

KRSNA SÁNCHEZ

—Señorita, me fío de usted porque usa zapatillas de tacón corto y cuadrado— dijo el hombre con voz teatral.

Estaban al final de una larga fila bancaria. El hombre se dio media vuelta, examinó de arriba abajo a la mujer y declaró la confianza que le inspiraban sus zapatillas. Qué manera más extraña de abordarme, pensó ella.

—Sospecho de las mujeres que llevan tacones altos y agudos— el hombre siguió explicándose—: Menos seguridad me inspiran las que usan botas con agujetas a lo largo de la espinilla.

— ¡Oh vaya! —se rió entre dientes. —Yo también las miro con cautela.

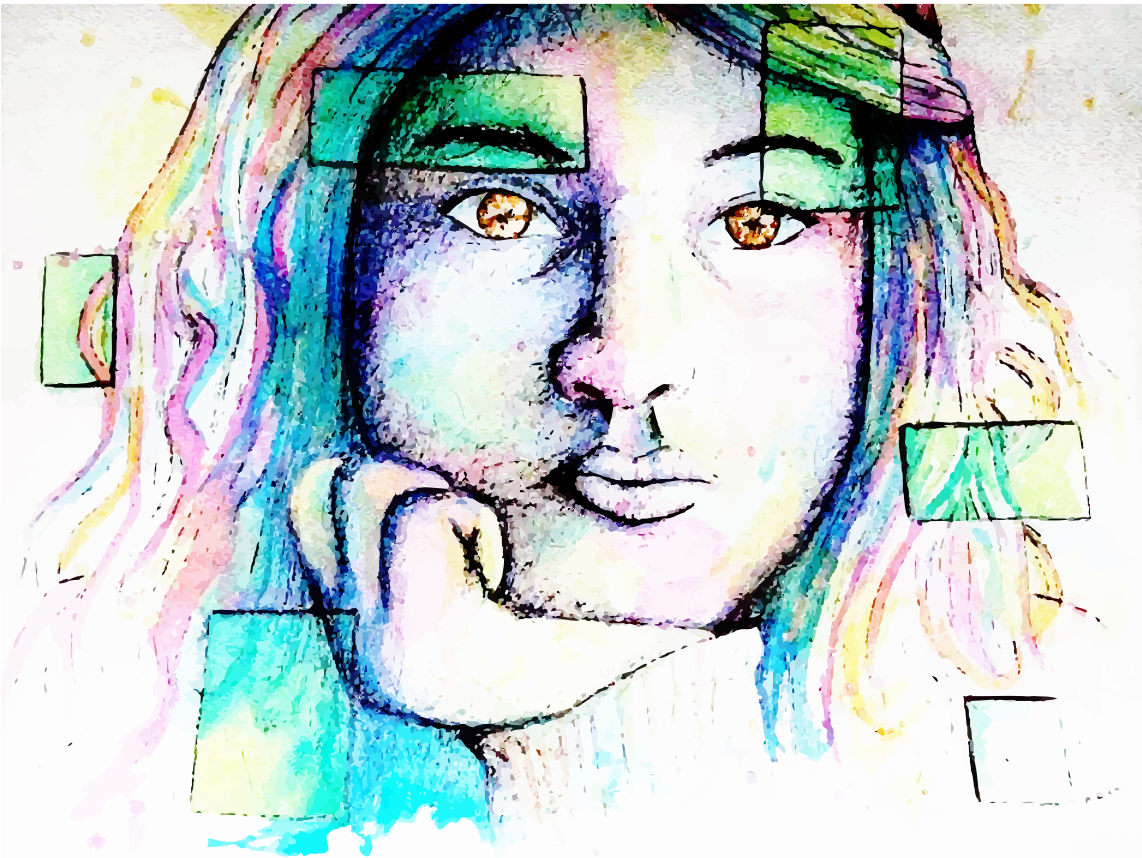
—Escuche, señorita...

—Maritza Navarro.

—Señorita Maritza, usted y yo somos similares. Mire mis pies y entenderá— señaló con un gesto dramático hacia sus mocasines color café.

—Muy bonitos.

—Ahora comprende. Nosotros pertenecemos a una clase distinta de personas— hizo un ademán para indicar a los demás en la fila. —Somos diferentes a ellos, diferentes a la mayoría de la gente.



Ellos confían en la continuidad de la civilización. En cambio nosotros sabemos que todo va a derrumbarse, es una cuestión de tiempo. Cuando el final llegue, sobrevivirán quienes utilicen el calzado adecuado, únicamente. No habrá tiempo para abrocharse las agujetas. No será un escenario propicio para los tacones de aguja.

—Tampoco las sandalias serán convenientes— agregó Maritza, sin disimular la ironía.

—Hermana Maritza, la civilización se aproxima rápido al apocalipsis. Ya estamos al borde del abismo. Tengo muchas pruebas.

El hombre extrajo de su abrigo un montón de papeles amarillentos. Eran recortes de viejos periódicos: una colección de noticias de guerras, de desastres climáticos, de crisis económicas, de avistamientos extraterrestres, de ataques caníbales y de apariciones angélicas.

— ¿Qué tal si le propongo que demos el empujón final? — murmuró de manera confidencial.

— ¡Nosotros solos acabaremos con el mundo!— exclamó Maritza.

—No, solos no. ¿Ha leído a Nataniel Hawthorne? Formamos parte de una camarilla secreta. Un grupo de iluminados que reconocen la futilidad del mundo. Hemos aguardado durante siglos el momento adecuado. Secretamente reclutamos agentes que ejecutaran el plan maestro.

—Una sociedad secreta de hombres con mocasines y mujeres de tacón cuadrado, claro que sí, yo entiendo —dijo Maritza. —Acabaremos con el mundo, por supuesto. Pero, ¿cómo vamos a hacerlo? ¿Tenemos armamento nuclear? ¿Esparciremos un virus mortal? ¿Invertiremos en Wall Mart?

—Nada de eso se necesita. ¡El orden mundial se sostiene sobre mondadientes! Vamos a romper el frágil equilibrio con una serie de eventos mínimos, aleatorios y ridículos.

— Igual que el famoso aleteo de una mariposa...

— ¿Así que la hermandad cuenta con usted?

— ¿Y usted me cedería su lugar en la fila?

— Cualquier cosa por un nuevo miembro de la fraternidad.

— Cuente con la hermana Maritza entonces.

Intercambiaron lugares. Mientras aguardaban a que avanzara la hilera, el hombre explicó la parte del plan que correspondía ejecutar a Maritza. Al despedirse, él se aproximó a su oído y susurró con complicidad:

—Le encomiendo mucho que lea *El holocausto del mundo* de Nataniel Hawthorne. Para nosotros ese cuento es la biblia de la conspiración.

Algunos días después, movida por simple curiosidad, Maritza buscó y leyó el cuento de Hawthorne. Luego decidió participar en la misión absurda de aquel hombre absurdo. En la fecha acordada siguió las instrucciones recibidas; quizá sólo quería entretenerse de la cotidianidad.

Llegó por la tarde al hotel *Múnich 71*, en el centro de la ciudad. Era un edificio pintoresco y hogareño. Construido hacía cuarenta años y aún conservaba la misma decoración orgullosamente. Tenía medio centenar de habitaciones, la mayoría desocupadas siempre. La recepción era atendida por una amable señora de pelo canoso. Maritza pidió la habitación #35, específicamente. Necesitaba hospedarse en la habitación #35 y en ninguna otra, según fue instruida. Al entregar la llave del cuarto, la señora le advirtió que estaban en un hotel decente. Mientras llenaba el libro de registros, Maritza se preguntó qué significaba esa aclaración. Pensó que la recepcionista sospechaba que era una puta. ¡Qué buena noticia! Porque siempre temía verse como una mojigata. Se registró con el nombre de Ana Cabral. No convenía involucrar su nombre real en la conspiración, ya fuera cierta o falsa.

En la habitación, Maritza colocó la pequeña maleta sobre el colchón. Luego echó un vistazo a las cosas del lugar. Enfrente de la cama estaba una televisión, encima de una cajonera de madera. En un rincón había una silla y una mesa que parecían empotrados.



Ilustraciones de Hiram GN

Arriba de la puerta del baño, un aparato de aire acondicionado que goteaba. Se sentó en el borde de la cama, invadida por la confusión de hallarse en un sitio desconocido. No se explicó cómo había llegado allí. Deseó estar en casa. Se sintió desprotegida. Temió que toda la aventura fuera una trampa. Y ella, igual que una niña tonta, había caído sin oponer resistencia. Todos confabulan contra mí, se le ocurrió. El hombre del banco y la recepcionista eran cómplices. Todavía había la posibilidad de escapar, pero tendría que apurarse o acabaría violada, muerta, quizá algo peor. Se asustó al pensar en que muchas jóvenes mexicanas eran vendidas a los burdeles de indochina. ¿O era al revés?

Tranquilízate, Maritza, no vas a salir corriendo, se dijo a sí misma. Recordó el motivo que la llevó al Hotel Múnich 71: poner punto final a la civilización. No poca cosa, se requería mucha determinación. Imaginó a los hipotéticos miembros de la organización hipotética, repartidos en rincones secretos del planeta entero, aguardando a ejecutar su parte del plan. Maritza reunió el valor suficiente para permanecer en la habitación #35 y cumplir las órdenes. Sin embargo, tomó algunas precauciones. Primero revisó la ventana cerrada. Luego colocó la televisión en el piso y arrastró la pesada cajonera hasta la puerta, para que nadie abriera desde afuera. Por último, aunque lo juzgó un poco paranoico, buscó escondites o entradas secretas en los muros.

Sacó el contenido de la pequeña maleta. Llevaba pocas cosas. Un cambio de ropa, un cepillo, el maquillaje, una barra de chocolate y la antología de Hawthorne. Dejó todo sobre la cama y se recostó a un lado. Miró el reloj: 7:20 p.m. Faltaban varias horas para que llegara el momento definitivo. Tenía hambre. El hotel decente no contaba con servicio a la habitación. Para salir a comprar comida necesitaría quitar la cajonera de la puerta y volver a colocarla al regresar. Se conformó con la barra de chocolate. Encendió la televisión. Quería distraerse del hambre.



Ilustraciones de Hiram GN

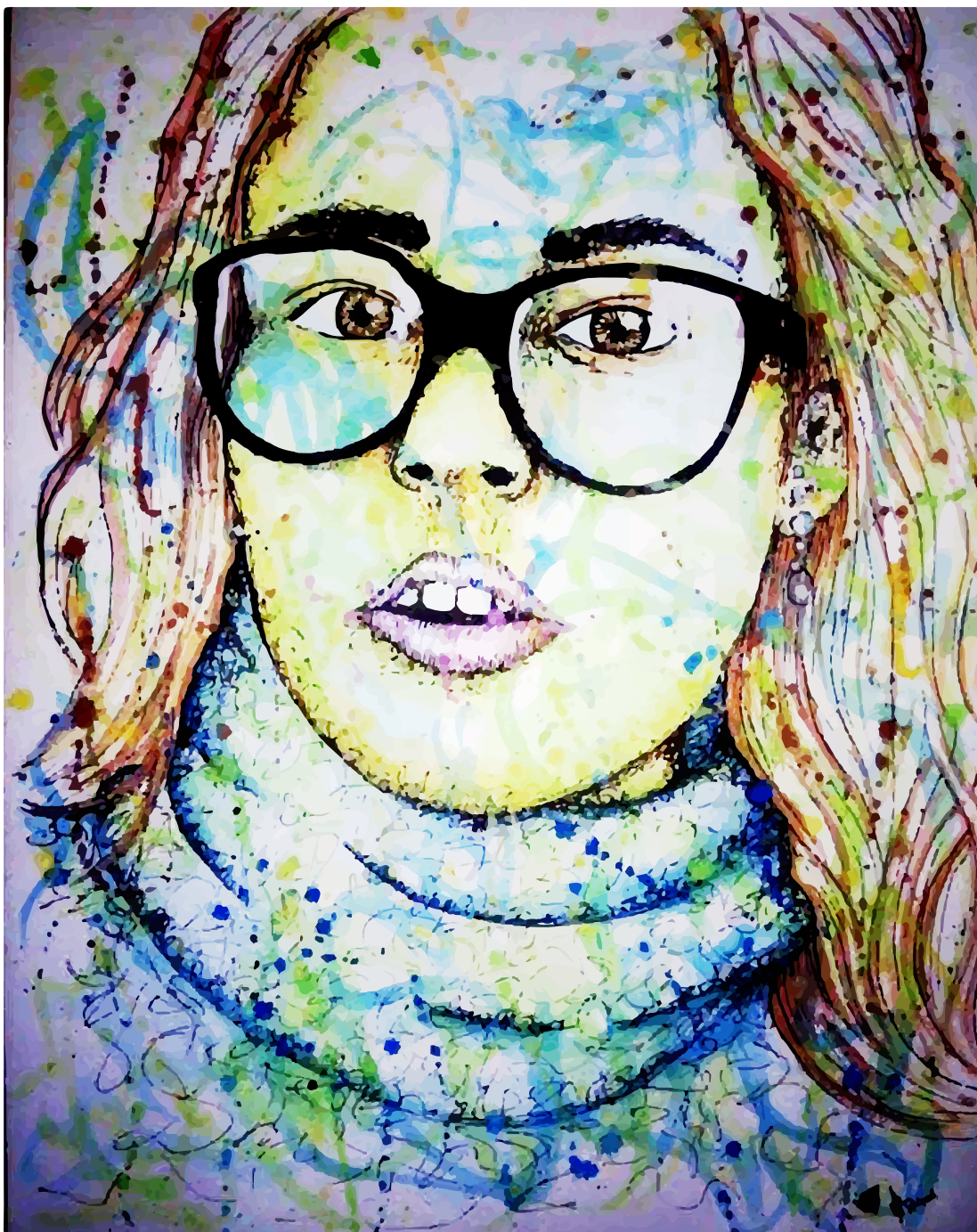


Encontró basura aburrida en todos los canales. La televisión siempre resultaba peor cuando se miraba fuera de casa. Apagó el aparato.

Decidió utilizar todo el espacio que pagó. Tomó la antología y fue a sentarse en la silla del rincón. La mesa y la silla estaban en el peor lugar donde podía colocarse una mesa y una silla. Sentada ahí miraba de frente a la pared del baño. A ambos lados estaban las esquinas de la habitación. No se veía el resto del lugar porque quedaba de espaldas. Así que era como estar en la celda de una prisión. Qué cosa más extraordinaria, reflexionó Maritza, una celda dentro de una habitación de hotel. Acaso ese rincón volvía especial a la habitación #35. Sería la razón porque formaba parte específica de la conspiración. A lo mejor, aquel justo día, su simple presencia en la habitación erosionaba los pilares del mundo.

Abrió el libro. Todavía no leía todos los cuentos. Pero había releído muchas veces El holocausto del mundo. Las páginas tenían anotaciones en los márgenes y flechas negras que señalaban algunos párrafos. Maritza comenzó a leer. “En cierta ocasión si bien es asunto de poca o ninguna importancia que fuera en el pasado o en los tiempos venideros, este ancho mundo había llegado a tener tal acumulación de cosas viejas e inútiles que sus habitantes decidieron librarse de ellas por medio de una hoguera general.”

El aire acondicionado goteaba con puntualidad. Maritza se distraía con el ruido de cada gota. Sería inútil llamar a la recepción. Ella intentó solucionarlo por su cuenta.



Ilustraciones de Hiram GN



Regresó a leer en la celda. “Un muchachito de cinco años, con la prematura virilidad de la época actual, arrojó sus juguetes a las llamas. Un graduado universitario, su diploma. Un boticario, arruinado por la expansión de la homeopatía, todo su caudal de drogas y medicinas. Un médico, su biblioteca. Un párroco, sus viejos sermones. Un refinado caballero de la vieja escuela, su código de buenos modales que él mismo había escrito con anterioridad para beneficio de la siguiente generación. Una viuda, dispuesta a contraer un segundo matrimonio, se deshizo tímidamente de la miniatura de su difunto esposo...” Maritza recapacitó en que ella entregaría al fuego todas las cosas de su pequeña maleta; todo excepto el libro de Hawthorne. Paradójico, ¿no?

El teléfono sonó a medianoche, como le habían dicho que ocurriría. Maritza se sobresaltó, aunque era la llamada que aguardaba. Permitted que el teléfono timbrara tres veces antes de levantarlo. Al pegar el oído al aparato, una voz con acento extranjero dijo: “Doña blanca está rodeada de pilares de oro y plata.” Sintiéndose avergonzada, Maritza respondió: “Romperemos un pilar para ver a doña blanca.” La llamada se cortó tempestiva desde el otro lado. Y eso fue todo. Transmitir un santo y seña, nada más. No sabía de qué manera, pero con esas palabras infantiles abonó al desenlace de la humanidad. Se sintió perturbada.



Se acostó en la cama, empequeñecida. Volvió a encender la televisión. A esa hora comenzaban los infomerciales. Dejó el canal en que anunciaban una milagrosa pomada de hongo michoacano. El Armagedón empezará por los charlatanes, vaticinó Maritza. Disminuyó el volumen del aparato. Se arrulló escuchando al anunciador que profesaba los efectos curativos y revitalizantes de la pomada. Un instante antes de quedarse dormida, no dudó que la civilización concluiría.

Al día siguiente Maritza fue despertada por el ronquido seco de una aspiradora en la habitación contigua. Pero no era el sonido normal de una aspiradora normal.



Resistencia

CLAUDIA FERNÁNDEZ

Me resisto a permanecer dormida

A escuchar el sonido del miedo

A ser un saco de huesos roído por el tiempo

Quiero escupir piedras que laceren

Navego

Me desvanezco

Resucito

Soy el Dios

Regreso a esta Muerte
que le llaman vida

Pesa

Desgasta

Ardo en rabia

Busco el sentido

Los soy

Muero cada día

Escucho el alarido de la sangre

Veo las cabezas

Muerte sin fin
Decía el poeta

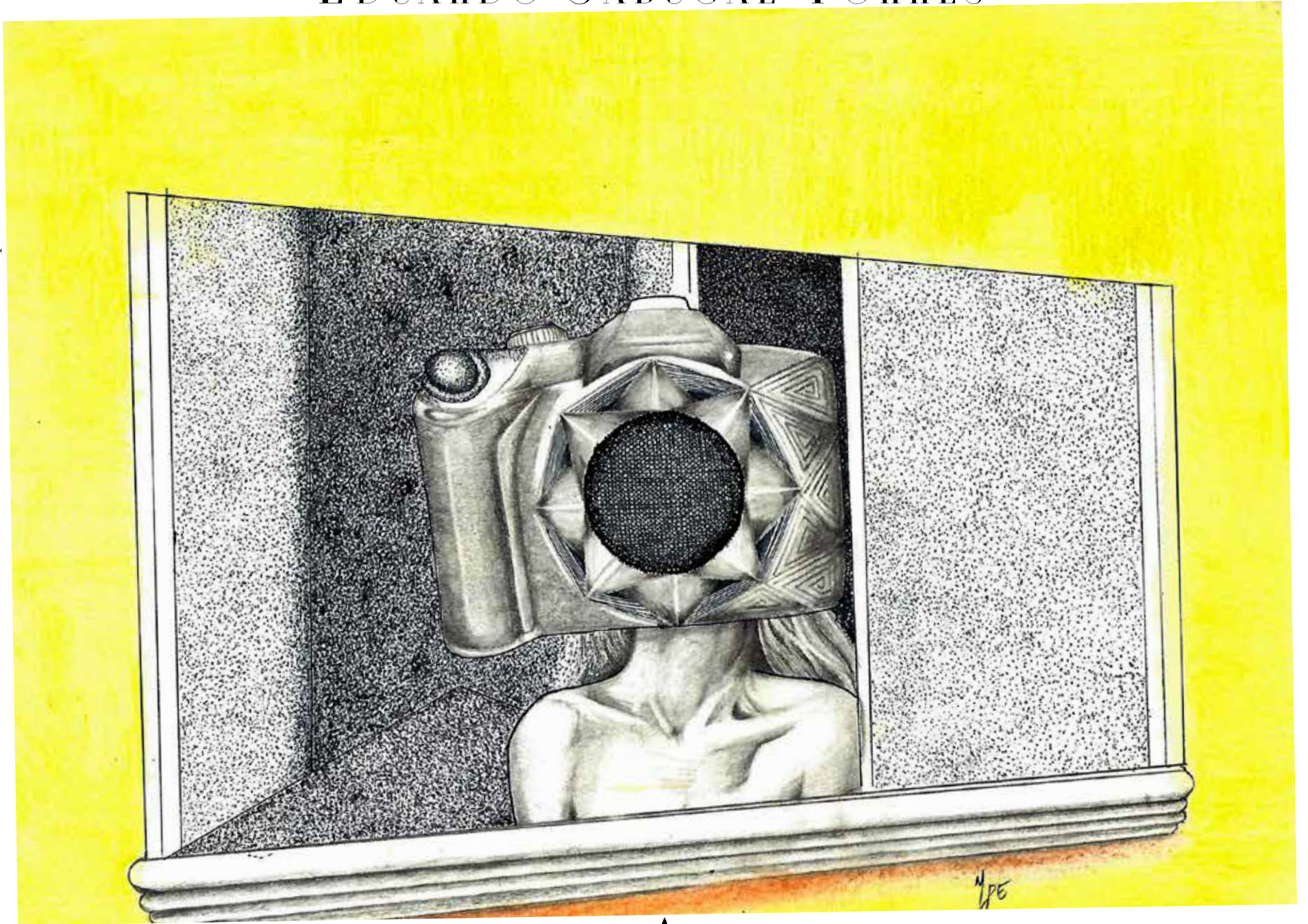


Ilustraciones de Nanzy Meh

La otra Denélope

EDUARDO SABUGAL TORRES

Ilustración de Prudencio Eduardo Merino López



DE VINO A BAÑERA

No sé si fue el recuerdo menesteroso que se me había estado pegando como un gato en las últimas tardes o si había sido un sueño. Me tendí en la cama destendida bajo la lámpara de patas oscuras, me hundí en ese colchón que recibía mis insomnios como una coladera. Esta vez sentí el sueño mordirme de golpe, pude sentir una especie de satisfacción, a pesar de ser furtiva, por estar escapando al insomnio de siempre. En mi duermevela, ya no había lámparas barrocas ni suelos polvosos, sino una cocina blanca y una ventana abierta por la que entraba un aire tímido. En la mesa hay platos con queso, una botella de tinto; recargada en el borde de la ventana miras a tu cuello. Volteas y me sonríes, tienes un sacacorchos en las manos, me dices algo, yo no te puedo oír, es como si sólo movieras la boca. Siento que somos los protagonistas de una película muda, te ríes, te has girado de nuevo y veo tu espalda, contemplas una paloma que da saltitos tontos de la banqueta hacia una multitud de migajas en la calle. Pienso en lo que pudiste haberme estado diciendo hace un momento, intento recordar el movimiento de tus labios y asociarlo a palabras, me doy por vencido. Sonrío y abro el refrigerador. Has hecho que la paloma vuele hasta la cornisa de la ventana, me miras y me pides que abra la botella. Eres paciente como una sospecha, miras el cielo, los techos de otras casas más allá de esa barricada de azoteas y tinas, contemplas otras jaulas. Quizá imaginas otras escenas detrás de los muros, otras mesas y otras miradas que tocan otras palomas que están saltando hacia otras migajas. Veo tu cuerpo, bajo por tu cuello, recorro la espalda que se balancea. Tú imaginas una composición, tienes diez años más y una Nikon manual en tus manos, caminas en un desierto farsante confeccionado como escenografía; colocas el tripié, mides la luz, estás hincada en la arena como una anacoreta vestida con película de los pies a la cabeza.

EUCARISTÍA DE REBAJAS

Recojo lo que hay en el buzón y subo las escaleras rápidamente. Entro en el apartamento y pongo todo en la mesa. Al fin me llegó el catálogo de fotoperiodismo, también hay cuentas que pagar y un sobre en el que reconozco tu letra de inmediato. No sé si hojear el catálogo que tanto esperaba o si abrir tu carta. La primera foto del catálogo me hace cerrarlo de golpe y leer tu carta cuanto antes. Es una foto de una anciana mexicana en un telar primitivo. En tu sobre incluyes una foto de un local turístico anunciando un viaje a Marruecos, has escrito detrás de la foto Eucaristía de Rebajas, miro aquella oferta tratando de imaginar el momento de la toma, te leo. Y se alarmaban de esa mutación que flotaba en el aire como una espora, una pelusa blanca que se metía en todo lo que se respiraba, corría en los jardines imperiales, bajaba en los andenes del metro, se posaba en las cosas, volaba hacia los rostros. Era una mutación que se podía aplastar como a una mosca, una mutación monstruosa que sin embargo era fácil de reducir, darle el manotazo, dar las paladas en nombre de la historiografía, redactar las ocho columnas, el documental televisivo, había incluso una muchedumbre dispuesta a usar una de esas sepulturas jurídicas para librarse de ella. Se alarmaban como si hubiera salido de una historia mal contada, de un pasado mal enterrado, como un excremento que despide olores a través del manto de polvo que lo cubre. Como si esa mutación estuviese hiriendo cada vez más a su dios herido, como si les recordara los bestiarios hermosos que ahora tenían empastados en lujosas bibliotecas, esas láminas de seres fantásticos, inexistentes precisamente porque ellos imponían la inexistencia. Se agitaban y se enfadaban contra esa mutación porque les recordaba que también había cuchillos, que todavía había rituales, que aún en estos días existía una palabra obscena, que había un “otro” que renacía desde quién sabe qué siglo para venir a morderles con los dientes ya no del buen salvaje, sino con las mandíbulas horribles de la humanidad. Y entre los cinco canales que veo borrosamente hay una disputa de concursos y publicidad deliciosa, publicidad como para meterla en un tríptico y luego en El Prado. El Bosco nunca observó a la muchacha que ayer vi en la estación de Sol, se golpeaba contra una cabina telefónica. El Bosco no la vio pero quizá la intuía en sus cuadros de una forma misteriosa.



La muchedumbre se ordenaba entorno a ella como si fuesen miles de clítoris cortados, se congregaban alrededor de esa criatura extraña, la miraban y pensaban mil sentimientos, la miraban y sentían mil pensamientos, o mejor dicho no la miraban y no pensaban y no sentían. Sólo la policía pudo persuadirla de no golpearse contra la cabina, era un bien público y eran daños a la propiedad de la comunidad, desde luego era angustiante saber que la comunidad madrileña no gozaría de un teléfono íntegro. El sucio cráneo del ser en cuestión no era un bien público y claro que a la policía le hubiera gustado pensar y hasta enternecido, que la sangre aquella que tenía a todos congregados, provenía del cristal de la cabina. Saber el origen de la sangre fue una duda que no interesó al grupo que se disipó apenas metieron a la muchacha, ya esposada, en una camioneta. Ese ser extraño que la multitud había calificado inmediatamente como drogadicta y loca. El Bosco no la vio, fue una lástima, de ser así, hubiera fabricado un hermoso lienzo, un hermoso anzuelo de dólares en los souvenirs del Prado. Si alguien leyese las fracturas de un día se volvería loco o intentaría al menos no convertirse en un viejo norteamericano en bermudas que come su sopa en medio de un tránsito humano, sentado junto a una tienda llena de piernas de jamón colgando en hileras rojas, dejando que le roben los dólares que ha ganado saludablemente con el sudor de su frente; una frente que mira estrellas y barras, barras como códigos de barras.

TU CARTA

Ocho de la mañana, me duele la cabeza. Vuelvo a ver el reloj, el espejo no me devuelve nada, el día de pronto se ha clausurado en el de ayer. Si al menos pudiera tocarte, arrastrarte al cuarto oscuro y hacerte recobrar el ritual. Querías irte, indagar si había algo más que la técnica, algo más que nuestros montajes y nuestro estudio lleno de complicidades. Llevo meses sin usar la ampliadora y no soporto la idea de pasearme entre tanta lámpara, no soporto los estuches atravesándose cuando camino, las pantallas, los tripiés que sobran, los objetos que me acosan. Hay que lavar la taza para no echar a perder el café, no hay jabón, me lleva la chingada. Todo era tan sencillo cuando te sabía en aquí, planeando nuestro estudio fotográfico; o en alguna calle fotografiando montones de basura o letreros absurdos e increíbles.

Ahora Madrid me parece infinitamente lejano, como si Puebla no pudiera figurar en ningún mapa en donde apareciera esa ciudad que me describes en tu carta. Abandonaste el asiento, Penélope, y te sentaste en uno de Iberia que daba a la ventanilla; tengo la sensación de haber entrado a una casa de empeño, me han dado un telar a cambio de mi disfraz de Ulises.

El día que te despedí en el aeropuerto ignoraba todo lo que podías descubrir allá, en el fondo pensaba que tu cámara pescaría las mismas imágenes callejeras que acá. Suponía que me hablarías sólo de basura visual. El café sabe un poco a moneda, comienzo a releer tu carta. Me hablas de esa práctica bárbara como si te ofendiera de una forma distinta, de millones de clítoris desprendidos por el hombre. No entiendo tu ironía. Hablas como si supieras de una mutilación aún más cruel, más temible por oscura. Leo tus vagabundeos por Madrid y comprendo tu ojo atento a cada detalle, leo las impresiones en tus ojos, me cuesta trabajo no identificar cruelmente aquella desdichada de la cabina telefónica con alguna imagen tuya. Me cuesta pensar que son dos mujeres, la que mira y la que se golpea, la que sostiene la cámara y la que se deja sostener por ese raptó ensangrentado.

EL VIEJO HÉROE

Estoy sentada en esta plaza de Santa Ana, pensaba escribirte otra vez pero sé que ya no puedo. Allá atrás está sentado en lo alto del pedestal Calderón de la Barca, alrededor de él se congregan los jóvenes a vender y fumar hachís. Estas letras ya no tienen destinatario. Miro pasar a todos estos transeúntes y pienso en sus posibles recorridos. Hace poco entré al museo de El Prado, o fue otro lugar, alguna galería, no lo recuerdo bien. Vi una representación de Ulises. Me dio risa encontrarlo tan seguro de sí, como si uno pudiera rasgar la tela con un cuchillo y encontrar, del otro lado de la pintura, a Penélope con ojeras y deshaciendo lo tejido durante el día. Casi convertida en viejita con el tejido en las rodillas, Penélope en una mecedora, pensé con ironía. Ahora doy sorbos a mi café y sigo pensando en la forma en cómo ya no decirte las cosas. El silencio, esa manía que nos seduce en la invisibilidad y después el gesto de irse, de engendrar la restauración de todas las dudas tiernamente olvidadas. En esa sala de museo el Ulises me miraba con indiferencia, afuera el sol cubría los agujeros terrestres. La sed rupestre comienza en los alaridos, en las suaves telas de voz. ¿Acaso quiero sus ataduras?, no estábamos suficientemente acabados ya en la época del decir, interesantemente sonoro... no sin su dosis de riesgo. Ríes del EGO, tu sonrisa es el templo, afuera la multitud se mueve, el sol se descuartiza en la luz que no baña la seriedad de la muerte, lentas miradas, restauradoras como los robos. La sombra nos hace lamernos como gatos, jugando con la luz roja para no echar a perder los instantes de plata. El polvo aún caía en su propio rudimento, ruinas empolvadas, polvo que ignoraba ser polvo. Pienso en la Penélope que se tomaba una Pacífico junto al malecón, mirando los barcos holandeses que llegaban como grandes monstruos marinos. Pienso en el sabor de esa Pacífico y me da risa pensar en ese otro Ulises que aparece en las botellas de cerveza Indio. Un Ulises más parecido a ti, menos griego, estampado en la oscura botella pero delante de los volcanes nevados, con una mirada que mata a sus enemigos. Pienso en aquella tonta que aún no conocía telares ni hilos que caminan como cangrejos, pienso en ella cuando todavía creía en tomas de luz y sombra. La gente sigue pasando entre los dos poetas, porque Lorca está un poco más allá, custodiando el otro lado de este jardincito. Mientras los turistas beben sus cervezas en esta plaza que no duerme yo te imagino allá, en Puebla, seguramente telefoneando a mi familia en Mazatlán para saber si tienen alguna noticia de mí. Te imagino en tus recurrentes ceremonias, hojeando libros en donde Man Ray te susurra cosas al oído.

LIBRO DE SÁBADO

No tengo la menor idea de cómo regresar. Miro tus ojos y encuentro el somnífero deseado, la foto está mal ampliada, es una tira de prueba en blanco y negro, detrás de ti hay una reja de metal, petrificada en la foto con mucha más fuerza que en la realidad. Después de la reja un campo lleno de espigas crece como una tela en una cascada de plegarias o de cristales. Miro esa sonrisa del color en tus ojos. Tomé esa foto cerca de la catedral y teníamos prisa porque la luz del sol se iba acabando. Fue poco antes de que decidieras lo de tu viaje a Europa. Recuerdo que una semana después pasaste a Mazatlán a despedirte de tus padres, ahora miro esta imagen e intento reconstruirte. Abro la puerta, estás postrada como si hicieras un ritual búdico, como si te aferraras a esa otra parte de la conciencia que pretende eliminar este otro lado, el de los timbres postales y las copas de vino.

Un Zen simulado en tus recintos de sanidad. Respiro tu aroma, el tuyo, el que introduces en la luz de esta ciudad olvidada. Busco tormentas sobre las calles poblanas pero es inútil y en vano recupero ese olor que bifurca mis senderos lascivos. Luego el miedo se apodera de mí, pienso que ya no quiero hablar. Tú eres la vida y la puerta se mece haciendo ruidos, crujen las bisagras y no quiero regresar, si hay que cerrar la puerta la cerraré por dentro, me quedaré aquí contigo en tu imperio de ojos y tobillos. Los kilómetros son bestias que se comen una certeza y son demonios disfrazados que me muerden, han puesto una lengua de fuego reptando como una serpiente entre Mazatlán y Puebla, después un leviatán entre Madrid y mis brazos. Han puesto una telefonía defectuosa y un Ulises con cera en los oídos que no escucha a una Penélope parada en la esquina de una plaza, gritando cosas en un auricular. Tejiendo tardes de sudor, tomando cervezas, mirando los muchos mares que la luz permite, hablando con viejas amistades; y luego, en las noches desmadejando poco a poco lo acontecido en el recorrido matutino, retirar la arena de los ojos, lo dicho y lo no dicho, destejer esa lenta amalgama de sucesos que te hacen recordar el tiempo. Me acuesto en la antesala imperial, me quedo aquí para conjurar los kilómetros y meterme en tu tobillo hermoso y tus ojos que me hablan a la distancia; sueño con tus telares infinitos, me acuerdo de la foto en la bañera llena de vino y me duermo pensando que libraré otra vez las batallas a tiempo. Batallas de mentira, en todas estas radiografías de bolas de estambre que descubro en las páginas de un catálogo. No tengo nada que darte, sólo estas letras vacías y claro... un par de fotografías que salen de mi arco.



Estoy sentada en esta plaza de Santa Ana, pensaba escribirte otra vez pero sé que ya no puedo. Allá atrás La ficción de entrar en tu extravío se caía en la fragilidad de saberse delante de tus brazos abiertos, de saberse delante de tus ojos de tierra prometida y una perdedora de las prórrogas, un rudimentario esfuerzo de unidad frente a los mil fragmentos que se traman en tus labios y en los míos. Hoy todo se ha convertido en una renuncia de piel. Saberte lejos, anclado en otro país, en otra ciudad, me hace sentir con más placer el momento del clic en la cámara. Hay en el fondo una claridad de no ser tus ojos para entrar con la vaga y estúpida memoria en ellos. Tan lejos, tan profundo como me dejen los pequeños demonios que me muerden los tobillos. Postrada en estas sábanas, reducida a un negativo, a una borrosa copia invertida de Aquiles. Más vulnerable que él, sostenida por mi secreto pie. Sólo mi tobillo conoció el agua tibia de una bañera llena de vino tinto, la sequía del resto de mi cuerpo me ha convertido en una trashumante, con pasaporte mexicano y una podología de seguridad barata. Hay en el fondo una renuncia total que se disfraza de intento fallido, hay una resolución existencial en cada que bajo la mirada para ocultarme tu ocultamiento, en cada que bajo la mirada para asesinarme asesinarte. Leo tus letras de derecha a izquierda, amarte se trama. Los nombramientos en el vacío ya no son tan divertidos como las tramas esperadas, como los Bacos artificiales ni como los palíndromes andrajosos manoteando en las servilletas. Tú querías una Penélope, un monumento a la paciencia con forma de mujer, una estatua a la fidelidad, hoy me doy cuenta que los telares me dan alergia, mis manos no tejen ni destejen nada, son sólo estos ojos míos detrás del obturador que se inventan cosas, para vomitarlas inmediatamente sin ningún pesar, como si estuvieran recorriendo una odisea marítima. No tengo ya las ganas de esperar a nadie. Ni dormir en un desierto en tus sueños ni convertir la Nikon en un telar.

Autores

(Querétaro, 1989). Estudió la maestría en Letras Latinoamericanas en la Universidad Nacional Autónoma de México y realizó una estancia de investigación en la Universidad de Buenos Aires. Su trabajo ha sido publicado en la antología Poetas Parricidas (Cuadrivio, 2014) y en diversos medios electrónicos e impresos, como contratiempo.mx, la-critica.org, Flint! y El Horizontal; participa en foros de poesía oral y colabora en el Periódico de Poesía de la UNAM; actualmente se desempeña como docente en la Universidad Autónoma de Querétaro y mantiene el blog: elreversodelaspiedras.blogspot.mx

DOLORES
BLOD

YOLANDA
SEGURA

(Laura Itzel Godínez Mayoral) 29 años, madre de tres. Aburrída ama de casa que pierde el tiempo tejiendo realidades menos cotidianas y domésticas. Enamorada de la poesía desde que aprendió a escribir, de la intensidad, complejidad y vastedad de las palabras y los versos, pero sin haber seguido la vocación por andar viviendo la vida loca. Me gusta la crudeza, la belleza de lo real, brutal y hasta vulgar.

Autores

Nació en Villahermosa, Tabasco. Licenciatura en Comercio Exterior y Aduanas, Máster en Programación Neuro-lingüística (PNL), Educadora en Masaje Infantil por la Asociación de Educadores en Masaje Infantil (AEMI) Barcelona. Talleres de Escritura cursados en el Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla en colaboración con la Sogem en 2013. Diploma de Curso por Escritores.org 2015(España). Su pasión por las letras y la escritura ha estado siempre presente desde niña, habiendo publicado dos cuentos a los 9 años en la revista Lo Nuestro (Tabasco, 1986). Colaboró como reportera en la sección cultural del periódico “El Sureste de Tabasco” (1994). Cuenta con un libro infantil, “Baúl de Cuentos”, publicado en 2012 por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (Buap). Algunos de sus relatos han sido publicados en revistas digitales como “Y Latina” en Gijón (España), “Revista Literaria Monolito” (México), así como en una Antología impresa: “Microrelatos: Fuego, Aire, Agua, Tierra” de Letras con Arte, 2015 Madrid (España). Es profesora de inglés, y dedica su tiempo a talleres de literatura, la escritura de su primera novela y relatos.

**EDUARDO
SABUGAL T.**

**GABRIELA
QUINTANA**

Es escritor de cuento y guión. Maestro en Lengua y Literatura Hispanoamericana por la UDLAP. Actualmente es Catedrático de Filosofía y Literatura en la Ibero Puebla. En 2010 la Secretaria de Cultura del Estado de Puebla publicó su primer libro de cuentos Involuciones. Su segundo libro Liquidaciones se publicó en el 2012 en el Fondo editorial Tierra Adentro (CONACULTA). Ha sido ganador de la Beca Estatal FOESCAP, FONCA y PECDA. Y ganador en 2014 del 13vo Concurso Nacional de Cortometraje del IMCINE. Es productor de radio, catedrático universitario y colaborador de la Revista Crítica, editada por la BUAP.

Autores

Anaclara Muro Chávez. (Zamora, Michoacán 1989). Egresada de la licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. Guionista. Becaria de PECDA Querétaro 2014, en el área de guión cinematográfico. Forma parte de Horizontal Taller de Escrituras. Impulsa el Slam Poético Queretano. Y está en el consejo editorial de Enter Magazine.

CLAUDIA
FERNÁNDEZ

Krsna Sánchez. Michoacán, 1988. Ha publicado cuentos en las revistas La Cigarra, El Perro, La Higuera, Morbífica e Himen, así como en la página web de Hybris. Uno de sus relatos forma parte de la antología Brevis&Cortus de la editorial FA Cartonera. Fue finalista de los premios Esperanza del perro, en la categoría de cuento, y segundo lugar en el concurso José María Mendiola 2015 de ciencia ficción.

ANA CLARA
MURO

Claudia Saraí Fernández López (Toluca, México), poeta independiente. Es Licenciada en Lenguas por la Universidad Autónoma del Estado de México. Ha participado en congresos nacionales e internacionales sobre Lengua y Literatura. Ha colaborado en revistas de creación y crítica literaria. Actualmente es candidata a maestra en Humanidades por la Universidad Autónoma del Estado de México. Forma parte de Colectivo Cuervo Rojo, grupo dedicado al fomento a la lectura, difusión de la poesía, intervención del espacio público y otras formas de exploración poética. Parte de su labor se enfoca actividades artísticas y culturales como lecturas de poesía en voz alta y micrófono abierto. Uno de sus objetivos es la vinculación de culturas a través de la creación artística.

KRSNA
SÁNCHEZ

Mustradores

A los 17 años estudió la Lic. en Artes Visuales en la UAQ. Asistió a clases con Tania Quezada y Gonzalo García. Ha expuesto colectivamente en los estados de Querétaro, Guanajuato e Hidalgo. Ha participado en proyectos como Zombie Walk, Board Dripper, además de colaborar en murales del Museo de los Conspiradores y en la ciudad de Querétaro.

HIRAM GN

Ilse Gallardo Arvizu. 1994. Nacida en Queretaro, Qro. Estudiante de la facultad de Bellas artes de la UAQ. Ex estudiante de casa de cultura Josefa Vergara. Ha hecho murales, expuesto en la galería alternativa de FB y participado en el movimiento artístico art-x. Artista emergente. Amante del conocimiento, el agua y las emociones. Cinta verde avanzada en tae kwon do.

NANZY MEH

Nacido en Querétaro, Qro. donde radica actualmente, es estudiante en la facultad de Bellas Artes de la Universidad Autónoma de Querétaro de la licenciatura en artes visuales. Ha participado en diversas exposiciones colectivas, en las cuales destacan; "Otras miradas" en el Museo de la Ciudad (2013), "Primer Gran Subasta" en Galeria Morlet (2014), "Zompantli" en la Casa de la Cultura "Ignacio Mena" (2014) e "Introspeccion de la realidad" en el CECEQ (2015).

Actualmente trabaja en exposiciones individuales; "Violencia" y "La belleza de las palabras" ambas para este 2016, y participara en bienales nacionales.

ILSE
GALLARDO

